

 Seix Barral

# Alba de Céspedes

El cuaderno prohibido





Seix Barral Biblioteca Formentor

---

# Alba de Céspedes

## El cuaderno prohibido

Traducción del italiano por  
Isabel González-Gallarza

---

Título original: *Quaderno proibito*

© Arnoldo Mondadori Editore SpA, Milán, 1952

© Mondadori Libri SpA, Milán, 2015

© por la traducción, Isabel González-Gallarza, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: septiembre de 2022

ISBN: 978-84-322-4097-3

Depósito legal: B. 14.059-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

*Printed in Spain* - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

---

*26 de noviembre de 1950*

Hice mal en comprar este cuaderno, hice muy mal, pero ya es demasiado tarde para lamentarlo, el daño está hecho. Ni siquiera sé qué me empujó a comprarlo, fue casualidad. Yo nunca había pensado en tener un diario, en parte porque un diario debe ser secreto, por lo que tendría que esconderlo de Michele y de los chicos. No me gusta tener nada escondido; además, en nuestra casa hay tan poco espacio que sería imposible. Ocurrió así: hace quince días, salí de casa un domingo por la mañana temprano. Iba a comprarle cigarrillos a Michele, quería que se los encontrara al despertar en la mesilla: los domingos se levanta siempre tarde. Hacía un día precioso y cálido, pese a que era ya bien entrado el otoño. Sentía una alegría infantil al caminar por la acera soleada y al ver los árboles aún verdes y a la gente contenta, como parece siempre los días de fiesta. Así es que decidí dar un corto paseo y acercarme al estanco de la plaza. Por el camino vi que

---

muchos se paraban en el puesto de flores y me paré yo también a comprar un ramo de caléndulas.

—Los domingos está bien poner flores en la mesa —me dijo la florista—. Los hombres se fijan en estas cosas.

Yo asentí sonriendo, pero la verdad es que al comprar esas flores no pensaba en Michele ni en Riccardo, aunque a este le gustan mucho: las compraba para mí, para llevarlas en la mano mientras andaba. Esperando mi turno en el estanco con el dinero preparado, vi una pila de cuadernos en el escaparate. Eran unos cuadernos negros, brillantes y gruesos, de los que se utilizan en los colegios y en cuya primera página, antes de estrenarlos, escribía tan contenta mi nombre: Valeria.

—Deme también un cuaderno —dije buscando más dinero en el bolso.

Pero cuando levanté la mirada vi que el estancoero había adoptado una expresión severa para decirme:

—No se puede, está prohibido.

Me explicó que los domingos había un agente de guardia en la puerta para vigilar que solo se vendiera tabaco. Estaba sola en la tienda.

—Es que lo necesito —le dije—, cueste lo que cueste.

Hablaba en voz baja y agitada, estaba dispuesta a insistir, a suplicar. Entonces él miró alrededor y con un gesto rápido cogió un cuaderno y me lo ofreció por encima del mostrador, diciendo:

---

—Guárdese debajo del abrigo.

Lo llevé debajo del abrigo por toda la calle hasta casa. Tenía miedo de que se me resbalara, de que se cayera al suelo mientras la portera me hablaba de no sé qué de la columna de gas. Se me subieron los colores a la cara mientras abría la puerta con la llave. Iba directa al dormitorio cuando recordé que Michele seguía en la cama.

—Mamá... —me llamó entonces Mirella.

—¿Has comprado el periódico, mamá? —preguntó Riccardo.

Estaba nerviosa, confusa, me quité el abrigo sin saber si conseguiría quedarme un momento a solas.

«Lo guardaré en el armario —pensé—. No, Mirella suele abrirlo cuando quiere ponerse algo mío, unos guantes o una blusa. En la cómoda tampoco, porque Michele siempre la abre. El escritorio ya lo tiene ocupado Riccardo.»

Pensaba que no había en toda la casa un cajón, un rinconcito que fuera solo mío. Me propuse hacer valer mis derechos desde ese mismo día.

«En el armario de la ropa blanca», decidí, pero luego recordé que los domingos Mirella cogía un mantel limpio para poner la mesa. Al final lo metí en la bolsa de los trapos, en la cocina. Apenas había tenido tiempo de cerrarla cuando Mirella entró, diciendo:

—¿Qué te pasa, mamá? Estás muy colorada.

—Será por el abrigo —dije quitándomelo—, hoy hace calor en la calle.

---

Me parecía que iba a decirme: «No es verdad, es porque has escondido algo en esa bolsa». Inútilmente trataba de convencerme de que no había hecho nada malo. Volvía a oír la voz del estanco, advirtiéndome: «Está prohibido».

*10 de diciembre*

Tuve que dejar el cuaderno escondido otras dos semanas sin poder escribir nada más. Desde el primer día me fue muy difícil cambiarlo de sitio todo el rato, encontrar escondites donde no fueran a descubrirlo enseguida. Si lo hubieran encontrado, Riccardo lo habría querido para tomar apuntes en la universidad, o Mirella se lo habría quedado para escribir un diario, como el que guarda bajo llave en su cajón. Yo podría haberme defendido, haber dicho que era mío, pero tendría que haber justificado para qué lo quería. Para las cuentas de la casa siempre uso unas agendas publicitarias que Michele me trae del banco a principios de año. Él mismo me habría sugerido amablemente que se lo cediera a Riccardo. En ese caso, yo habría renunciado enseguida al cuaderno y nunca más habría pensado en comprarme otro; por eso me defendía con ahínco de tal posibilidad. Aunque he de confesar que, desde que tengo este cuaderno, no he vuelto a disfrutar de un momento de paz. Antes siempre me quejaba cuando los chicos salían; aho-

---

ra, en cambio, quiero que lo hagan para quedarme sola y escribir. Antes nunca había caído en que son muy pocas las veces que tengo ocasión de estar sola, por lo pequeña que es nuestra casa y por mi horario de trabajo en la oficina. Tuve que recurrir de hecho a una artimaña para poder estrenar este diario: compré tres entradas para el fútbol y dije que me las había regalado una compañera. Doble mentira, pues para ello tuve que sisar de la compra. Después de desayunar, ayudé a Michele y a los chicos a vestirse, le presté a Mirella mi abrigo grueso, me despedí cariñosamente y cerré la puerta con un escalofrío de satisfacción. Entonces, arrepentida, fui a la ventana como para retenerlos. Estaban ya lejos y me sentí como si corrieran hacia una trampa urdida por mí para hacerles daño y no a un inocuo partido de fútbol. Reían entre ellos, y esa risa me provocó una punzada de remordimiento. Cuando volví a casa, iba a ponerme enseguida a escribir, pero la cocina estaba sin recoger, Mirella no había podido ayudarme como hace siempre los domingos. Hasta Michele, tan ordenado por naturaleza, se había dejado el armario abierto y algunas corbatas desperdigadas aquí y allá, igual que hoy. He vuelto a comprar entradas para el fútbol, lo que me permite disfrutar de un poco de tranquilidad. Lo más extraño es que cuando por fin puedo sacar el cuaderno de su escondite, sentarme y empezar a escribir, no se me ocurre más que relatar la lucha cotidiana que mantengo para esconderlo. Ahora lo

---

tengo en el viejo baúl en el que guardamos la ropa de invierno durante el verano. Pero anteayer tuve que disuadir a Mirella de abrirlo para coger unos gruesos pantalones de montaña que se pone para estar en casa desde que renunciamos a encender la calefacción. El cuaderno estaba ahí, lo habría visto nada más levantar la tapa del baúl. Por eso le dije:

—Aún no es tiempo, aún no es tiempo.

—Tengo frío —protestó ella.

Yo insistí tanto que hasta Michele se dio cuenta. Cuando nos quedamos solos, me dijo que no entendía por qué había contrariado a Mirella.

—Sé lo que hago —le contesté con dureza. Él me miraba, asombrado de mi insólito arrebató—. No me gusta que te metas en mis discusiones con los chicos —añadí—. Me quitas toda la autoridad.

Y mientras él objetaba que siempre me quejo de que no se ocupa lo suficiente de ellos, y se me acercaba, diciendo en tono de broma: «¿Qué te pasa hoy, mamá?», yo pensaba que tal vez estoy empezando a mostrarme nerviosa e irascible como hacen las mujeres cuando pasan de los cuarenta, o por lo menos eso dicen; y, sospechando que también Michele lo pensaba, me sentí profundamente humillada.

*11 de diciembre*

Al releer lo que escribí ayer, me pregunto si no empecé a cambiar de carácter el día en que a mi

---

marido le dio por llamarme «mamá» en broma. En un primer momento me gustó mucho porque así me parecía que era la única adulta de la casa, la única que lo sabía todo de la vida. Ello acrecentaba ese sentido de la responsabilidad que he tenido siempre, ya desde niña. Me gustó también porque así podía justificar los arranques de ternura que me suscita cualquier cosa que haga Michele, que sigue siendo un hombre cándido e ingenuo, incluso ahora que tiene casi cincuenta años. Cuando me llama «mamá», yo le contesto con una expresión entre severa y tierna, la misma que empleaba con Riccardo cuando era pequeño. Pero ahora entiendo que ha sido un error: él era la única persona para la que yo era Valeria. Mis padres me llaman Bebe desde niña, y con ellos es difícil ser distinta a como era a la edad en que me pusieron ese diminutivo. De hecho, aunque ambos esperaban de mí lo que se espera de los adultos, no parecían reconocer que lo fuera de verdad. Sí, Michele era la única persona para quien yo era Valeria. Para algunas amigas soy todavía Pisani, la compañera de colegio; para otras soy la mujer de Michele, la madre de Riccardo y Mirella. Para él, en cambio, desde que nos conocimos yo era solo Valeria.

*15 de diciembre*

Cada vez que abro este cuaderno miro mi nombre, escrito en la primera página. Me gusta mi letra

---

sobria, no muy alta e inclinada hacia un lado, aunque expresa claramente mi edad. Tengo cuarenta y tres años, pero no me hago a la idea. A los demás también les asombra cuando me ven con mis hijos, siempre me dedican algún cumplido que hace sonreír azorados a Riccardo y Mirella. El caso es que tengo cuarenta y tres años y me parece vergonzoso recurrir a pueriles artimañas para escribir en un cuaderno. Por eso es absolutamente necesario que les confiese a Michele y a los chicos la existencia de este diario y que afirme mi derecho a encerrarme en una habitación a escribir cuando me apetezca. He actuado de forma estúpida desde el principio y, si sigo así, agravaré la impresión que tengo de estar haciendo algo malo al escribir estas líneas inocentes. Es absurdo, ahora no estoy tranquila ni en la oficina. Si el director me entretiene más allá de mi horario, temo que Michele vuelva a casa antes que yo y, por un motivo imprevisible, rebusque entre los viejos papeles donde escondo el cuaderno. Por ello muchas veces pongo una excusa para no quedarme, renunciando así a cobrar esas horas extra. Vuelvo a casa muy nerviosa y si veo el abrigo de Michele colgado en la entrada me da un vuelco el corazón. Entro en el comedor con el temor de ver a Michele con el cuaderno de tapas negras y brillantes en la mano. Si lo encuentro conversando con los chicos, pienso que puede haberlo encontrado y que está esperando a quedarse a solas conmigo para hablarme de ello. Siempre tengo la impre-

---

sión de que por la noche cierra la puerta de nuestro dormitorio con un cuidado especial, controlando el ruido del picaporte. «Ahora se vuelve y me lo dice.» Pero no dice nada, me he dado cuenta de que si cierra la puerta así es por una costumbre meticulosa que tiene.

Hace dos días, Michele me llamó a la oficina y yo enseguida temí que hubiera vuelto a casa por algún motivo y hubiera encontrado el cuaderno. Le respondí como petrificada.

—Tengo que decirte una cosa... —empezó.

Me quedé sin respiración. Por un instante me pregunté si debía reclamar mi derecho a tener los cuadernos que me dé la gana y a escribir en ellos lo que me parezca, o por el contrario suplicarle: «Michele, compréndeme, lo sé, he hecho mal...». Pero solo quería saber si Riccardo se había acordado de pagar la matrícula de la universidad, porque ese día terminaba el plazo para hacerlo.

### *21 de diciembre*

Anoche, nada más cenar, le dije a Mirella que no me gusta que cierre con llave el cajón de su escritorio. Me contestó sorprendida que tenía esa costumbre desde hace años. Yo le repliqué que, en efecto, hace años que lo desapruébo. Mirella contestó airada que si estudia tanto es porque quiere ponerse a trabajar, ser independiente e irse de casa en cuanto

---

sea mayor de edad: así podrá tener cerrados todos los cajones sin que nadie se moleste. Añadió que allí guardaba su diario, por eso cierra el cajón con llave, y que, por otro lado, también Riccardo hacía lo mismo, porque guarda en el suyo cartas de chicas. Le contesté que entonces también Michele y yo teníamos derecho a tener un cajón cerrado con llave.

—Y de hecho lo tenemos —dijo Michele—. Es el cajón donde guardamos el dinero.

Yo insistí en que quería uno para mí sola.

—¿Para qué? —me preguntó él sonriendo.

—Pues no sé, para guardar mis papeles personales, algunos recuerdos —contesté—. O quizá un diario, como Mirella.

Entonces todos, Michele incluido, se echaron a reír ante la idea de que yo pudiera tener un diario.

—¿Y qué querrías escribir en él, mamá? —decía Michele.

Olvidando su enfado, Mirella se reía también. Yo seguí hablando sin hacer caso de sus burlas. Entonces Riccardo se levantó y avanzó hacia mí.

—Mamá lleva razón —dijo muy serio—, ella también tiene derecho a escribir un diario como Mirella, un diario secreto, quizá un diario amoroso. Os diré que desde hace tiempo sospecho que tiene algún admirador oculto.

Arrugaba la frente en un gesto de seriedad fingida. Michele le siguió el juego, mostrándose pensativo y diciendo: «Sí, es verdad, mamá ya no parece la misma, hay que vigilarla». Y entonces

---

todos volvieron a reír muy alto y, rodeándome, me abrazaron, también Mirella. Tomándome la barbilla con la mano, Riccardo me preguntó con ternura:

—¿Qué quieres tú escribir en ese diario? Dime...

De repente me eché a llorar; no entendía lo que me pasaba, solo que estaba muy cansada. Al verme llorar, Riccardo palideció y me abrazó diciendo:

—Era broma, mamaíta, ¿no ves que era broma? Perdóname...

Luego se volvió a su hermana y le reprochó que estas cosas siempre pasan por su culpa. Mirella salió del comedor dando un portazo.

Al poco rato también Riccardo se fue a dormir y nos quedamos a solas Michele y yo. Se puso a hablarme cariñosamente, me decía que entendía muy bien mi arrebato de celos maternos, pero que tengo que hacerme a la idea de que Mirella es ya una señorita, una mujer. Yo intentaba explicarle que no se trataba de eso en absoluto, pero él seguía:

—Ha cumplido diecinueve años, es normal que tenga una impresión o un sentimiento que no quiera compartir con la familia. Un secretito, vamos.

—¿Y nosotros? —repliqué yo—. ¿No tenemos derecho también nosotros a guardar algún secreto?

Michele me cogió la mano y me la acarició con dulzura.

—Ay, querida —dijo—, ¿qué secretos vamos a tener a nuestra edad?

---

Si hubiera dicho esas palabras en tono arrogante o de broma, habría protestado, pero el abatimiento de su voz me hizo palidecer. Miré alrededor para asegurarme de que los chicos ya estaban en la cama, quería que pensarán ellos también que ese instante de debilidad se debía a celos de madre.

—Estás pálida, mamá —dijo Michele—. Te fatigas mucho, trabajas demasiado, voy a darte un coñac.

Yo me negué con vehemencia. Él insistía.

—Gracias —le dije—. No quiero beber nada, ya se me ha pasado. Tienes razón, igual estaba un poco cansada, pero ahora me encuentro perfectamente.

Lo abracé sonriendo para que se quedara tranquilo.

—Se te pasa enseguida, como siempre —comentó con ternura—. Nada de coñac entonces.

Yo apartaba la mirada, incómoda. Había escondido el cuaderno en la despensa, en una caja de galletas junto a la botella de coñac.

### *27 de diciembre*

Hace dos días fue Navidad. En Nochebuena, Riccardo y Mirella estaban invitados a un baile en casa de unos viejos amigos nuestros, los Caprelli, con ocasión de la puesta de largo de su hija. Los chicos habían recibido la invitación con alegría

---

porque los Caprelli son una familia muy acomodada que siempre trata a sus invitados con generosidad y buen gusto. Yo también me alegraba porque así podría cenar a solas con Michele, como cuando éramos recién casados. Mirella estaba feliz de volver a lucir su primer traje de noche, que había estrenado en carnaval, y Michele le iba a prestar a Riccardo su esmoquin, como el año pasado. Para esta fiesta le había comprado a Mirella un chal de tul con motitas doradas, y a Riccardo una camisa de vestir, de esas modernas con el cuello sin almidonar. Fue una tarde muy alegre porque los cuatro nos prometíamos una bonita velada. Mirella estaba elegantísima con su vestido: la expectativa de la diversión había borrado de su rostro esa expresión suya un poco ceñuda y obstinada. Cuando entró en el comedor y dio una vuelta para que admirásemos el vuelo de su vestido, ocultando el rostro tras el chal con un gesto poco habitual de timidez, su padre y su hermano exclamaron de admiración, casi sorprendidos de reconocer a su hija y hermana en esa chica tan atractiva. Yo también sonreía, me sentía hasta orgullosa. Estuve a punto de decirle que me gustaría verla siempre así, alegre y elegante, como debería ser una chica a los veinte años, pero luego pensé que quizá sea así para los demás, totalmente distinta a la que nosotros conocemos. Me pregunté inquieta si uno de estos aspectos era fingido, una máscara, pero entendí que no es que ella fuera distinta, sino que

---

son distintos los papeles que interpreta dentro y fuera de casa. A nosotros nos corresponde el más ingrato.

Al ver a su hermana, Riccardo se animó a ir a vestirse también. Unos minutos después, oí que me llamaba desde su habitación. Por su tono de voz enseguida intuí lo que ocurría. Tengo que confesar que me lo temía desde hacía días, pero hasta ese momento, hasta ese «mamá», no me atreví a reconocer mi temor. El esmoquin de Michele le estaba pequeño; las mangas, cortas. De pie en medio de su dormitorio, me confiaba todo el abatimiento de su decepción. El esmoquin ya le quedaba ajustado el año anterior; habíamos bromeado al respecto, diciéndole que no iba a poder abrazar a ninguna chica si no quería que se le rasgara la chaqueta en la espalda y se le descosieran las mangas. Pero Riccardo está más robusto desde entonces, puede incluso que haya crecido. Me miraba con la esperanza de que al aparecer yo se lo arreglara todo milagrosamente, como cuando era niño. También yo lo habría querido. Por un momento pensé en decirle: «Te queda perfecto», y que él me creyera.

—No está bien —le dije, sin embargo.

Me acerqué a él y le palpé las mangas y el pecho, imaginando rapidísimos retoques que no podría hacerle. Riccardo seguía mis manos con la mirada, nervioso, esperando un diagnóstico favorable.

---

—No se puede hacer nada —declaré desalentada.

Volvimos juntos al comedor. Riccardo tenía las orejas coloradas y el rostro pálido.

—No vamos al baile —anunció rabioso.

Miraba a su hermana con ganas de arrancarle el vestido, era como si la mordiera con los ojos. Esta, temerosa de que ni protestando pudiera evitar la desgracia, preguntó insegura:

—¿Por qué?

Él le mostró que no podía abrocharse la chaqueta y que por las mangas asomaban ridículamente los puños de la camisa nueva.

—Papá es estrecho de hombros —dijo con malos modos.

Nos apresuramos a pasar revista a parientes y amigos que pudieran prestarnos un esmoquin. Comprendí entonces que eso era algo que yo ya había hecho dos días antes, sin darme cuenta, para concluir que no conocíamos a casi nadie que conservara uno. Aferrándonos a un hilo de esperanza, llamamos a un primo, pero lo necesitaba él mismo esa noche. Calibramos mentalmente la talla de algunos amigos, negando con la cabeza. Al preguntarle por teléfono, otro pariente contestó casi asombrado:

—¿Un esmoquin? No, no tengo, ¿para qué iba a querer yo un esmoquin?

Al colgar el teléfono, Riccardo soltó una risita nerviosa y dijo:

---

—Solo conocemos a gente pobre.

—Gente como nosotros —replicó Michele.

Entonces, fingiendo bromear, Riccardo sugirió:

—Podríamos alquilar uno, ¿no?, como hacen los figurantes.

—No nos faltaba más que eso —le contestó Michele.

Comprendí que estaba pensando en su frac y en el chaqué que llevaba el día de nuestra boda: estaban los dos colgados en el armario, cubiertos por una sábana blanca. Imaginé que pensaba en los uniformes azules y negros de su padre.

—No nos faltaba más que eso —repitió severo.

Entendía muy bien por qué le contestaba así: yo también recordaba muchas cosas del pasado que cuesta dejar atrás, y sin embargo pensaba que habría estado bien decir que Riccardo había tenido una idea excelente, se podía alquilar un esmoquin. Me pareció que mi hijo esperaba que lo dijera, era una ayuda que me habría gustado brindarle, pero, embargada por una inseguridad indefinible, guardé silencio. Mientras tanto, Mirella me miraba fijamente, y declaré con firmeza:

—Irá Mirella sola.

Michele quiso replicar, pero yo proseguí sin mirar a nadie:

—Hay que empezar a aceptar situaciones nuevas, como la de no tener esmoquin y la de mandar a una chica sola a un baile, que es algo que yo no podría haber hecho en mi época. Todo tiene sus

---

ventajas. Tú la acompañas, Michele, y luego te vuelves. Lo pasaremos bien los tres de todos modos. Riccardo, tómatelo con calma.

Este no decía nada. Mirella me abrazó un instante y, dudando si despedirse de su hermano, salió con un paso que quería ser discreto pero que, por el frufrú de la tela del traje, adquirió un matiz arrogante. Yo esperaba que, antes de oír cerrarse la puerta de casa, ocurriera de verdad un milagro y pudiera acercarme riendo a Riccardo, como si hasta entonces hubiera estado interpretando un papel en una comedia. Me veía sacando del armario un esmoquin nuevo, con sus brillantes solapas de raso. Cuando la puerta se cerró, Riccardo frunció un poco el ceño y yo repetí:

—Tómatelo con calma.

Lo decía con un tono humilde, como si tuviera algo que hacerme perdonar, y era eso precisamente contra lo que me rebelaba en mi interior. Me hubiera gustado prometerle a Riccardo que le compraría un esmoquin a plazos, como habíamos hecho con el traje de noche de Mirella; pero un traje de hombre siempre es más caro, y además ellos no tienen que encontrar marido. Por eso no podía imponerle a nuestro presupuesto ese gasto superfluo. Recordaba cuando, de niños, Mirella y Riccardo pedían juguetes demasiado caros y yo contestaba que el banco no tenía más dinero; ellos se lo creían y se rendían a esa dificultad insuperable. Pero ya no puedo recurrir a tales artimañas.

---

Cuando volvió Michele y nos sentamos a la mesa, me pareció que Riccardo miraba a su padre de una manera distinta, casi como si lo calibrara. Era una cena mejor de lo habitual, y sin embargo comíamos sin ganas. Había comprado orejones, que tanto le gustan a Michele, pero ni siquiera se dio cuenta cuando los puse en la mesa. Oscuros, arrugados, difundían una sensación de tristeza y de miseria.

Después de cenar, nos sentamos junto a la radio. No me atrevía a hacer alusión a la botella de espumoso que pensaba descorchar a medianoche, el silencio obstinado de Riccardo y su mirada dura me lo impedían. De un tiempo a esta parte, más de una vez he sorprendido en sus ojos esa expresión hostil: una expresión que me disgusta en él, tan dulce y amable. La pone cuando tiene que quedarse en casa porque se le ha acabado el dinero que Michele le da los sábados para sus gastos. Taciturno, se sienta junto a la radio a escuchar canciones de baile o a hojear una revista. Por primera vez esa Nochebuena entendí que su malhumor es una acusación contra su padre y contra mí. Alguna vez ha dicho que aunque Michele haya trabajado tantos años en un banco, no es un hombre de negocios; lo que insinúa con eso es que no ha sabido enriquecerse. Lo dice con una sonrisa afectuosa, como si ese defecto suyo no fuese más que una excentricidad o una señal de esnobismo. Pero en su tono algo protector siempre me parece notar

---

cierta condescendencia, como si lo perdonara por haberlo hecho víctima de esa incapacidad suya. En el fondo, para Riccardo esta broma es una manera de compadecerse de sí mismo a la vez que parece absolver a su padre.

Me acerqué entonces a Michele, me senté a su lado, le tomé la mano y se la estreché con fuerza, quería que mi mano y la suya fueran una. Riccardo escuchaba la radio sin mirarnos, con la cabeza apoyada en el respaldo del sillón. Recordé cuando había dicho: «Papá es estrecho de hombros». Y, al volver a evocar esas palabras —Dios mío, apenas me atrevo a confesarlo, creo que escribo en un momento de exasperación, luego borraré estas líneas—, tengo que reconocer que sentí que me volvía malvada. Me habría gustado levantarme, plantarme delante de Riccardo, soltar una risita sarcástica y decirle: «Muy bien, veremos dentro de veinte años adónde has llegado tú en la vida». Conozco vagamente a la chica con la que habla horas en voz baja por teléfono, una chica rubia y delgada que se llama Marina. Comprendía que estaba pensando en ella en ese momento, que la cogía del brazo y se alejaban juntos. Imaginé que me plantaba también delante de ella y, riendo, le decía: «Veremos, veremos». Recordaba el día en que le dije a Michele que podíamos prescindir de la niñera y él contestó que sí sin mirarme, dijo que los niños ya eran mayores: tenían cinco y tres años. Recordaba cuando, más adelante, le dije que era

---

mejor despedir también a la doncella y, al verlo dudoso, aludí al riesgo de que pudiera ir contando por ahí que comprábamos en el mercado negro. Y por último aquel día en que, al volver a casa, abracé a Michele contenta y le anuncié que había encontrado trabajo; total, ahora que los niños iban al colegio, no estaba tan ocupada con la casa y tenía mucho tiempo libre. «Veremos, veremos», le decía riendo a Marina mientras estrechaba con fuerza y cariño la mano de Michele.

### *Más tarde*

Son las dos de la madrugada, me he levantado a escribir porque no consigo dormir. La culpa la tiene este cuaderno una vez más. Antes no tardaba en olvidar lo que pasaba en casa; ahora, en cambio, desde que empecé a tomar nota de los acontecimientos cotidianos, los retengo en la memoria y trato de entender sus causas. Si bien es verdad que la presencia oculta de este cuaderno da un sabor nuevo a mi vida, debo reconocer que no sirve para hacerla más feliz. En familia habría que fingir no darse cuenta nunca de lo que ocurre o, al menos, no preguntarse lo que significa. Si no tuviera este cuaderno ya no recordaría la actitud de Riccardo en Nochebuena. Pero ya no puedo por menos de darme cuenta de que ocurrió algo nuevo entre padre e hijo esa noche, aunque en apariencia no hu-

---

biera cambiado nada y al día siguiente ambos estuvieran cariñosos el uno con el otro, como siempre. Michele no ha vuelto a hablar de ello; sin embargo, pese a entender la actitud de Riccardo, intuyo que no puede evitar considerarlo un ingrato. Así lo juzgué también yo en un principio, pero luego tuve que reconocer que se trata de otra cosa.

El hecho es que nuestros hijos ya no pueden creer en nosotros como creíamos nosotros en nuestros padres. Quería explicárselo a Michele en Nochebuena, pero no era capaz de expresar con palabras mis confusos pensamientos. Riccardo se había ido a la cama y nosotros esperábamos a que Mirella volviera del baile.

—Oye, Michele —le dije—, ¿recuerdas cuando durante la guerra les decíamos a los niños que no contaran en el colegio que habíamos comprado zapatos sin la cartilla?

Él me contestó distraído, preguntándome por qué recordaba ahora esas cosas. Yo no sabía decirle la razón precisa, pero insistí:

—¿Y cuando les pedía que no dijeran que escuchábamos la radio extranjera?

Me habría gustado explicarle que una vez, en esa época, me había costado castigar a Mirella por contar no sé qué mentira. Era ya casi tan alta como yo y me miraba fijamente a los ojos. Mientras le hablaba, pensaba que nunca había sorprendido a mi madre mintiendo. Eso quizá la volvía menos humana, pero no podía decir que hubiera sido

---

nunca su cómplice. Cuando mi padre volvía del despacho y lo veía quitarse el bombín y dejar su maletín de abogado, nunca se me ocurría pensar que si no éramos ricos era porque no había sabido sacar partido de su vida. Me parecía que poseía bienes mucho más valiosos que la riqueza, bienes que no se podían comparar con esta. Pero ahora hay veces en que ya no percibo tan nítido, estable y definido el modelo de vida que nuestros padres nos enseñaron con su ejemplo y en el que parece natural que nos inspiremos. Resumiendo, dudo de que todo cuanto tenemos y tenían nuestros padres antes que nosotros —tradiciones, familia, reglas de honor— siga siendo tan válido, en cualquier circunstancia, como el dinero. No obstante, y pese a mis dudas, en el fondo no puedo evitar seguir siendo fiel a mis creencias de antaño. Pero me habría gustado hacerle entender a Michele que puede que sean estas dudas el motivo de que Riccardo y Mirrella ya no compartan esas creencias.

*1 de enero de 1951*

Michele duerme, es como si estuviera sola en casa. Pero desde que tengo el diario siempre temo que se haga el dormido para sorprenderme. Escribo en la mesa de la cocina y he puesto al lado el libro de los gastos de la casa para ocultar el cuaderno, por si Michele entrara de repente. Aunque si

---

descubriera el engaño sería aún peor: supondría el fin de la confiada armonía que ha sido siempre la esencia de nuestra relación en estos veintidós años de matrimonio. En realidad, mejor haría en confesarle a Michele la existencia de este cuaderno y en rogarle quizá que no me pida nunca que le enseñe lo que escribo. Pero si me sorprendiera, siempre quedaría entre nosotros la duda de si tengo o he tenido otros secretos más con él. Lo absurdo por mi parte es que reconozco con franqueza que me sentiría ofendida si Michele tuviera un diario sin yo saberlo.

Hay otra cosa que me retiene de confesarle que tengo este cuaderno, y es el remordimiento que me produce perder tanto tiempo escribiendo. Muchas veces me quejo de que tengo demasiado que hacer, que soy esclava de la familia y de la casa, que no puedo leer nunca un libro, por ejemplo. Todo eso es verdad, pero en cierto sentido esa esclavitud se ha convertido también en mi fuerza, en la aureola de mi martirio. Por eso, cuando alguna vez me quedo dormida media hora antes de que Michele y los chicos vuelvan a cenar, o doy un breve paseo mirando escaparates al volver del trabajo, nunca lo confieso. Temo que si reconozco que he gozado de un descanso, por breve que sea, de una distracción, perdería la fama que tengo de dedicar cada instante de mi tiempo a la familia. En efecto, si lo reconociera, los que me rodean no recordarían las innumerables horas que paso en el trabajo o en la

---

cocina, haciendo la compra o cosiendo, sino tan solo los breves momentos dedicados a la lectura de un libro o a un paseo. Es cierto que Michele siempre me anima a concederme un poco de descanso, y Riccardo dice que en cuanto gane algo de dinero me regalará unas vacaciones en Capri o en la Riviera. Reconocer mi cansancio los libera de toda responsabilidad; por eso muchas veces me repiten con severidad: «Deberías descansar», como si el no hacerlo fuera un capricho mío. Pero luego, en cuanto me ven sentada con ellos leyendo un periódico, no tardan en decirme cosas como: «Mamá, ya que no tienes nada que hacer, ¿podrías coserme el forro de la chaqueta? ¿Podrías plancharme los calzoncillos?».

Al final me he convencido yo también. Cuando en el trabajo nos dan un día libre, yo me apresuro a anunciar que lo dedicaré a varias cosas que tengo pendientes y para las que tenía reservado ese día desde hace tiempo. Vamos, que aseguro que no descansaré, pues, si lo hiciera, ese breve día sería para quienes me rodean como un mes entero de vacaciones. Hace años me invitó una amiga a pasar una semana en su casa de campo en la Toscana. Cuando me fui estaba cansadísima porque lo había organizado todo para que a Michele y a los niños no les faltara nada durante mi ausencia; y a mi regreso encontré numerosas tareas que se habían acumulado durante mi breve asueto. Con todo, bien entrado el invierno, si decía que me sentía

---

cansada, los tres me recordaban que ese verano había estado de vacaciones y que tenía que notárase en la forma física. Nadie parecía entender que una semana de descanso en agosto no podía impedir que me sintiera cansada en octubre. Si digo alguna vez «no me encuentro muy bien», Michele y los chicos acogen estas palabras con un breve silencio, respetuoso y tímido. Y cuando me levanto y sigo con mis quehaceres nadie mueve un dedo para ayudarme, pero Michele grita:

—Siempre igual, dices que no te encuentras bien, pero no estás un momento quieta.

Al poco vuelven a hablar de sus cosas y, antes de irse, los chicos me dicen:

—Descansa, ¿eh?

Riccardo me hace un pequeño gesto amenazador con el dedo, como intimándome a no salir a divertirme. En la familia solo la fiebre, la fiebre alta, nos convence de que de verdad estamos enfermos. Entonces Michele se preocupa, los chicos me traen zumo de naranja. Yo rara vez tengo fiebre, por no decir nunca, pero siempre estoy cansada y nadie lo cree. Sin embargo, mi paz viene precisamente del cansancio que siento cuando me tumbo en la cama por la noche; me procura una felicidad que me sosiega y me da sueño. Tengo que reconocer que quizá la determinación con la que me defiendo de cualquier oportunidad de descansar no es sino miedo a perder esta única fuente de felicidad que es el cansancio.